

Nacido en Granada, en 1906, Francisco Ayala se traslada con su familia a Madrid en 1922, termina el Bachillerato y comienza sus estudios de Filosofía y Derecho en la Universidad de Madrid. En 1925 publica su primera novela, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, a la que seguirán *Historia de un amanecer* (1926) y *El boxeador y un ángel* (1929), colabora en "La Gaceta Literaria" y en la "Revista de Occidente" y participa intensamente en la vida intelectual de la época. Concluida la licenciatura de Derecho, en 1929-31 va becado a Alemania en viaje de estudios y allí contrae matrimonio con la chilena Etelvina Silva Vargas. En 1930 publica *Cazador en el alba*. En el período 1932-36 obtiene, por oposición, la plaza de letrado del Congreso y una cátedra de Derecho Político. En plena revolución de Asturias, 1934, mientras en las calles de Madrid suenan disparos, nace su única hija, Nina. El estallido de la guerra civil le sorprende en gira de conferencias por América Latina, y Ayala regresa a España, en septiembre de 1936, y sirve como funcionario del Ministerio de Estado de la República. En 1939, poco antes de la entrada de las fuerzas de Franco en Barcelona, sale con su familia para Francia y América. Primeramente, en Argentina, después en Puerto Rico y, más tarde, en Estados Unidos.

Ayala realizará su inmensa tarea de ensayista político, traductor, novelista, estudioso y ensayista de la literatura, sociólogo y profesor, desde la cátedra y con los libros, de publicación incesante, que le van otorgando prestigio universal. A partir de 1939 publica diversas obras de ensayo y, en 1947, su célebre *Tratado de sociología*; le siguen dos libros de invención literaria, *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*. En 1951, *Ensayos de sociología política* y, al año siguiente, un trabajo que gozará de enorme difusión: *Introducción a las Ciencias Sociales*; un libro de cuentos, *Historia de macacos*, en 1954, el ensayo *El escritor en la sociedad de masas* (1956), y, entre otras muchas obras, dos extraordinarias novelas sobre el tema del dictador: *Muertes de perro* (1958) y *El fondo del vaso*, en 1962. Ayala sigue publicando sin cesar a partir de este año, es traducido a varios idiomas, publica un insólito libro de creación, *El jardín de las delicias* (1971), con el que obtiene el Premio de la Crítica, y continúa ejerciendo su magisterio, con inmenso prestigio, en las Universidades norteamericanas. En 1970, significados intelectuales españoles publican un manifiesto congratulándose de que Francisco Ayala, que viene ya visitando España con regularidad, se reincorpore a la vida intelectual de nuestro país.

MEMORIA Y "MEMORIAS" DE FRANCISCO AYALA

ANTONIO NUÑEZ

E S inútil que lo ocultes, Paco Ayala: estás ya escribiendo tus *Memorias*.

—¿No te parece que voy teniendo edad?

—¿Cuáles fueron los motivos que te llevaron a comenzar su redacción?

—Probablemente, fueron razones de índole literaria, en el sentido de que mis últimos escritos —los que figuran en la edición vigente de *El jardín de las delicias*—, implican un acercamiento creciente entre el autor y el material sobre el que opera la imaginación creadora. Creo que esto no se ha visto o no se ha apreciado en su verdadera dimensión. Es una distancia nueva para mí, y me ha conducido, naturalmente, hacia la elaboración de los recuerdos personales, haciendo de ellos materia de invención literaria.

—Este espíritu lo respiran los artículos que, bajo el título general de "Evocaciones", vienen apareciendo en el diario "Informaciones", de Madrid, ¿no es así?

—En efecto, estas semblanzas están concebidas para reflejar mi relación con personalidades diferentes en situaciones concretas. Lo más seguro es que terminen por formar un volumen, al que titularía *Gentes de entonces*, complementario de las *Memorias* a que te referías.

—Me gustaría que habláramos, brevemente, de alguna de esas figuras que tú has recogido en "Evocaciones", ya que me parece que han sido vistas desde un ángulo peculiar, desmitificador, con un tratamiento irónico en no pocas ocasiones, como corresponde, por otra parte, al tono ge-

neral de tu obra de creación. Después, podríamos pasar a ver el contenido de las *Memorias*.

—Es cierto que estoy intentando en esas semblanzas revivificar a las figuras evocadas. Tan pronto como alguien sale de este mundo, se convierte en una especie de estatua, con rasgos fijos e inmóviles. Lo que yo estoy queriendo hacer es restituir a cada uno a un momento vivo del pasado y sorprenderlo en acción, con sus dimensiones humanas, que no implican disminución, sin embargo, de sus proyecciones espirituales.

—¿No te parece que, en las "Evocaciones", hay en algún momento un punto de acidez al tratar las debilidades de la figura considerada, incluso cierta crueldad? Me estoy refiriendo, por ejemplo, a la semblanza de García Morente.

—Eso es el resultado del propósito de presentar al hombre en su humanidad real y no como una figura acartonada. Me parece que la última paletada que se echa encima de los muertos es la convención de hablar siempre bien de ellos: el recuerdo piadoso con el que se los entierra definitivamente. Si no se tratase de figuras destacadas, de seres fundamentalmente valiosos, no habría por qué ocuparse de ellos. Por otra parte, creo que, al señalar lo que tú llamas debilidades, estoy subrayando también las virtudes del sujeto en cuestión. En el caso concreto de García Morente, mi aprecio hacia él queda patente en el mismo escrito, en el que procuro iluminar el abismo psicológico en que se encontró debatiéndose a consecuencia de esa gran crisis que fue la guerra civil.

—¿Estás escribiendo ahora sobre otras figuras?

—Ahora mismo estoy elaborando una pequeña semblanza de Manuel Azaña, a quien se le prepara un homenaje con ocasión del centenario de su nacimiento. Yo no escribiré una apología del político, ni una exaltación del escritor. Quiero verlo como personaje de tragedia, dentro de la problemática del poder que hace tantos años he enfocado creativamente en mi libro *Los usurpadores*. Ese libro examina desde diferentes ángulos el fascinante tema del poder del hombre sobre sus semejantes, y por lo menos en dos de sus narraciones, en "El doliente" y en "La campana de Húsca", se presenta el caso del personaje que se encuentra en posesión de un poder que no apetece ni es capaz de ejercitar. Creo que éste fue también el caso de Azaña, y ello da a su figura un patetismo singular, que podría convertirlo en materia para un gran dramaturgo, pues su tragedia es de dimensiones shakesperianas. Temo, sin embargo, que lo que yo escriba a propósito suyo en esta ocasión les parecerá a muchos irrespetuoso o derogatorio; pero, ¿qué le vamos a hacer? Quien escribe está siempre expuesto a malas interpretaciones.

—Tú fuiste catedrático de Derecho Político, letrado de las Cortes, ¿tuviste trato personal con don Manuel?

—A Azaña me presentó Fernández Almagro, si no recuerdo mal, hacia el año mil novecientos veintiséis, antes de que él publicase *El jardín de los frailes*, cuando ni soñaba siquiera el destino político que le aguardaba.

Entonces frecuenté con regularidad su tertulia del café La Granja El Henar, de la calle Alcalá. Más tarde, cuando ingresó en la actividad política y accedió al poder, sólo ocasionalmente lo veía y hablaba con él, pues siempre he sido refractario a acercarme a los poderosos y a mezclarme con la turba de turiferarios que, en seguida, se apresura a rodearlos.

—¿En qué época comienzan tus *Memorias*?

—Empiezan con mis primeros recuerdos y van extendiéndose por la infancia, adolescencia y juventud, en adelante. Es un libro que no pienso dar por concluido mientras viva, y, así, si se publica alguna vez, será obra póstuma.

—¿Por qué ese deseo de negarte en vida a ser juzgado?

—No es porque haya algo hiriente o molesto para nadie en esos recuerdos, sino por motivos más bien subjetivos. Para empezar, los recuerdos acuden esporádicamente y quiero poder incorporarlos al texto en cualquier momento posterior a su primera redacción. Luego, la intimidad no me gusta revelarla con alarde de impudor, ni, por otra parte, disimular tampoco lo que tengo por verdadero. Si a esto se le suma el hecho de que existe actualmente una enorme inflación de publicaciones, no me parece que privo al mundo de ningún tesoro reteniendo para mí esos recuerdos personales durante el mayor tiempo posible.

—De todo el extraordinario material que recogerás en tus *Memorias*, hay un tema del que me gustaría que me hablaras, porque no sólo facilita informa-

ción histórica, sino porque perfila también tu figura. Me estoy refiriendo al tema de tu regreso a tu país: del que podríamos llamar primer regreso, el de mil novecientos treinta y seis, cuando, de gira de conferencias por América Latina, te enteras de que se ha producido la sublevación; y del segundo regreso, hacia finales de la década de los sesenta, cuando te instalas definitivamente en España.

—Hay que decir que, a diferencia de muchísima otra gente, de la inmensa mayoría de los españoles, que se encontraron inopinadamente en una zona u otra al estallar la sublevación del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis, a mí me sorprendió ésta fuera de España, y, por tanto, pude elegir con entera libertad mi adscripción política. Nunca tuve duda alguna al respecto. Sin sentirme jamás partidario incondicional de ningún grupo o ideología, sabía que no podría en caso alguno estar al lado de los rebeldes. Así, regresé, cuando los frentes se hubieron estabilizado, a la zona dominada por el gobierno de la República, y las condiciones de este regreso no dejaron de ser azarosas, como consignaré en las Memorias.

—Sin embargo, tú has mantenido una actitud muy crítica respecto a la gestión de los diferentes gobiernos de la República y de sus políticos. Quizá eres hombre que mantiene esa actitud frente a todo. Hay en ti un escritor que no sólo lo mira todo, sino que lo hace con actitud distanciadora, irónica, escéptica, cruel en ocasiones. En ti está Cervantes, pero también Quevedo.

—No me parece que pueda ser otra la actitud de un intelectual frente a la realidad política, que es siempre defectiva. Si ese intelectual, como me ocurre a mí, se ha dedicado profesionalmente al estudio de dicha realidad político-social, no será raro que sienta impaciencia e irritación a veces frente a torpezas que resultan demasiado obvias para quien proyecta los acontecimientos del día sobre el plano histórico.

—Tu posición política ha resultado poco simpática en determinados sectores, a quienes les hubiera gustado una adscripción más clara, una toma de posición más rotunda, a la hora, por ejemplo, de condenar ciertos actos del franquismo, o los abusos del imperialismo que sufrimos en esta parte del mundo.

—No me extraña, y me satisface que así sea, porque me muestra que, por lo menos, no incurro en los clichés habituales. Me gusta contemplar los hechos políticos en sí mismos, en su verdadero significado, si es que lo puedo alcanzar, y no a través de revestimientos ideológicos. Aho-

ra mismo, en estos días, para referirme a un caso sumamente concreto, estamos oyendo condenar la invasión rusa de Afganistán a base de principios tales como el de la independencia nacional y la soberanía de los Estados, como si esas ideas románticas, tan añejas ya, tuvieran algo que ver con las realidades de hoy en el mundo occidental, ni con las concepciones culturales del mundo islámico. Que a uno le parezca bien o mal la operación soviética es cuestión distinta, pero juzgarla con esos clichés tan inoperantes me resulta grotesco.

—Interesaba ahora, Paco, que nos hablaras de tu segundo regreso, a finales de la década de los sesenta, cuando, después del largo exilio, te decides a poner casa en Madrid, si bien debes continuar viajando a USA para cumplir con tus deberes académicos. En esos años eres un escritor prestigioso, uno de nuestros primeros escritores vivos; un sociólogo famoso y un intelectual, en suma, cuyo regreso es saludado como una recuperación de inestimable valor para nuestra cultura. ¿Cuáles fueron las razones que te aconsejaron volver a España, radicarte en Madrid?

—Desde el final de la guerra civil, siempre tuve el deseo de reincorporarme a la vida intelectual de España, y lo hice tan pronto como fue posible y en la medida en que ello era posible. Mis primeros contactos fueron privados, epistolares a veces, y en todo caso de relación puramente personal, puesto que empecé a venir a España en los comienzos de la década del sesenta, con objeto de observar el desenvolvimiento de la realidad nacional, sin posibilidades reales de intervenir en ella, dentro del limitado campo de las actividades intelectuales. En esos años a que te refieres, ya me parecía que existía una cierta y relativa normalidad para este tipo de actividades, y, en efecto, empecé a publicar aquí todos mis libros y a colaborar en algunos periódicos, cosa que antes había hecho sobre todo en la prensa hispanoamericana.

—¿No recibiste propuestas oficiales para que te reintegrases a tu país? Hubo un cierto momento en que la Administración franquista estaba empeñada en recuperar a determinados intelectuales prestigiosos; claro que, si estaban muertos, muchísimo mejor.

—Yo a esa operación la llamé precisamente "política de recuperación de cadáveres", y por eso me negué a funcionar en calidad de tal, pues si me interesaba estar en contac-

to con España, no quería en cambio estarlo —en calidad de cuerpo muerto— con la Administración española de aquel entonces.

—¿Por qué no aludes a que hubo algunas peticiones en los periódicos para que tú ingresaras en la Academia?

—Hacia aquellas fechas, comienzos de los setenta, creo que hubiera tenido sentido, y yo hubiera aceptado, mi ingreso en la Academia, precisamente como un pequeño paso más en el proceso de apertura que estaba empezando a experimentar el país. Desde ese punto de vista, repito,

la cosa hubiera tenido sentido en aquel entonces.

—Bueno, fuera de la Academia están todavía, y es de suponer que para siempre. Sender, Jorge Guillén, Alberti, Bergamín, etcétera. El hoy difunto Max Aub publicó una nómina de los académicos tal como la corporación hubiera estado integrada de no producirse la guerra civil.

—Sí, sí; eso es verdad.

Y en ese momento entra Nina, con cierta noticia de Juliet, su nieta, desde Estados Unidos. Y al escéptico Paco Ayala se le ilumina el semblante. ■

